

## Imagen de Portada

Manu vb Tintoré. *Sur le dos de la mer n° 1*. 30x30cm (2020). Œuvre sur papier réalisée avec de la peinture à l'émail.

## Imágenes en páginas interiores

1. Manu vb Tintoré. *El relat de les pedres 5* (2020). 10 in | 66 × 46 cm. Enamel paint on scrubbed paper.
2. Yvon Fruneau. *Grotte d'Altamira et art rupestre paléolithique du nord de l'Espagne* (2008). Wikimedia Commons.
3. Giovanni di Paolo (Giovanni di Paolo di Grazia) (Italian, Siena 1398–1482 Siena). *The Creation of the World and the Expulsion from Paradise* (1445). Metropolitan Museum of Art. Met's Open Access (<https://www.metmuseum.org/art/collection/search/458971>).
4. Henri Rousseau (1844-1910). *Le rêve* (1910). Oil on canvas, 204.5 × 298.5 cm. Museum of Modern Art. Wikimedia Commons.
5. Albrecht Altdorfer (1480-1538). *Laubwald mit em Häilige Georg* (1510). Öl auf Pergament (auf Lindenholz aufgezogen) 28 × 22 cm. Münche: Alte Pinakothek.
6. Teniers, David (1610-1690). *An alchemist in his laboratory. Oil painting by a follower of David Teniers the younger*. 1 painting : oil on canvas laid down on wood ; wood 69 x 81.5 cm. Wellcome Collection (<https://wellcomecollection.org/works/dr5nvwu8>).
7. Théodore Chassériau (1819-1856). *Alexis de Tocqueville* (1850). Musée de l'Histoire de France (Palace of Versailles). Wikimedia Commons.
8. *The British Museum: the Arch Room of the library, in the north wing of the museum, west end. Wood engraving* (1851). Wood engraving ; image 16.2 x 13.5 cm. Wellcome Collection (<https://wellcomecollection.org/works/ryjk636n>).

Todas la imágenes poseen licencia Creative Commons de Dominio Público: Attribution 4.0 International (CC BY 4.0)

## Traducción

Carlos Hugo Sierra

Justamand M. *et. al.* 'Arte rupestre e o meio ambiente: representações ambientais nos registros rupestres dos parques nacionais Serra da Capivara e Serra das Confusões'. (Artículo original).

McGrath, S. J. (2021). («Nature is a Symbol, but of What?»). *Thinking Nature. An Essay in Negative Ecology*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

Albrecht Classen (2014). 'The Role of the Forest in German Literature: From the Medieval Forest to the Grünes Band. Motif Studies and Motivational Strategies for the Teaching of the Middle Ages'. *Journal of Literature and Art Studies*, Vol. 4, No. 3, 149-164.

Han, Z. *Rethinking Democracy in America: "Nature" in Tocqueville's political thought*. (Artículo original).

# Cosmotheoros

Revista Internacional de Epistemología Ambiental  
International Journal of Environmental Epistemology

## Editor en jefe – Editor in chief

Nicolás Jiménez Iguarán

*Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV / EHU)*

## Director

Carlos Hugo Sierra

*European Society for History of Science (ESHS)*

## Diseño y Diagramación

Equipo NIPEA

## Comité Editorial

**Enrique Leff** | Universidad Nacional Autónoma de México -UNAM- (México)

**Ignacio Mendiola Gonzalo** | Universidad del País Vasco -UPV / EHU- (País Vasco -España)

**Omar Felipe Giraldo** | Colegio de la Frontera Sur -ECOSUR- (México)

**Michel Justamand** | Universidade Federal de São Paulo (UNIFESP) (Brasil)

**Pierre Madelin** | Filósofo, Ensayista & Traductor (Francia)

**Santiago S. Hernando** | Universidad Estatal de Moscú (Rusia)

**Jorge Wilson Gómez** | Universidad del Tolima (Colombia)

**ISSN (Digital):** 2744-9483

## Información & Correspondencia de la Revista Cosmotheoros

Núcleo Internacional de Pensamiento en Epistemología Ambiental (NIPEA)

Carrera 5 26B-39. Torres del Parque (Bogotá-Colombia)

Teléfonos: 3204512211

e-mail: [cosmotheoros.editorial@gmail.com](mailto:cosmotheoros.editorial@gmail.com)

web: <https://cosmotheoros.com>

**Volumen 2, Número 2**

**Julio-Diciembre 2022**

## ÍNDICE

<b>Introducción al presente número</b>	XIII
<b>Entrevista a Mano vb Tintoré</b>	1
<b>Arte rupestre y medio ambiente. representaciones ambientales en los registros rupestres de los parques nacionales de Serra de Capivara y Serra da Confusões</b> Michel Justamand <i>et. al.</i>	23
<b>La naturaleza es un símbolo, pero ¿de qué?</b> Sean J. McGrath	59
<b>Entrevista a Maria Luisa Eschenhagen</b>	79
<b>El papel del bosque en la literatura alemana: desde el bosque medieval a la banda Grünes</b> Albrecht Classen	103
<b>ENSAYOS (SECCIÓN LIBRE)</b>	
<b>Repensar la democracia en los Estados Unidos. La «naturaleza» en el pensamiento político de Tocqueville</b> Zhen Han	131
<b>RECENSIONES</b>	
<i>Daston, L. (2019). Against Nature. Cambridge, MA: MIT Press.</i>	157
<i>Solares, B. (Ed.) (2021). Imaginarios de la naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis ecológica. México D. F.: UNAM.</i>	165

## INTRODUCCIÓN

### Volumen 2, Numero 2

#### LOS HORIZONTES DE LA IMAGINACIÓN SIMBÓLICA EN EL MUNDO DE LA NATURALEZA

**E**n este segundo número de *Cosmotheoros* que, tras algunas azarosas peripecias, sale finalmente a la luz, la pretensión declarada es aproximarse someramente (puesto que a buen seguro se tendrán más ocasiones para perseverar en este complejo e intrincado asunto), a las raíces simbólicas mismas que nutren y, al mismo tiempo, estructuran los incontables imaginarios «socio-históricos» (siguiendo el concepto acuñado por Cornelius Castoriadis) en torno a aquello, misterioso y hasta cierto punto indescifrable, que se ha venido a reconocer, y no en todos los rincones culturales del planeta, como «naturaleza».

Conviene dejar meridianamente claro que el objeto de análisis no ha sido seleccionado de forma fortuita. El criterio fundamental que se ha sobrepuesto frente a otros hace especial hincapié en el hecho de que el símbolo (y su particular función organizadora de la realidad natural) ha constituido, por lo general, una vía comprensiva poco transitada, ignorada o postergada en los escenarios contemporáneos donde, por el contrario, se da especial preeminencia al discurso eco-político o, incluso, a determinadas visiones hegemónicas (y básicamente reduccionistas) de lo natural apuntaladas con base en criterios económicos, geoestratégicos o tecno-científicos. Siendo así, esta circunstancia presenta, a nuestro entender, una importancia vital y un verdadero desafío para la epistemología ambiental ya que, por mucho que se trate de mirar hacia otro lado, una de las causas principales de las problemáticas que reflejan la precariedad en el ajuste del hombre moderno con su entorno tiene que ver, sin lugar a dudas, con su incapacidad para articular-se en una realidad simbólica propicia. Dicho con otras palabras (para disipar cualquier tipo de confusión), de integrar ese «pozo inferior insondable» del que nos habla Thomas Mann, alejado de la racionalidad, y que, sin embargo, fundamenta la «etno-psicología profunda de la vida». Ahora bien, es preciso acoger la certera y sagaz tesis de María Zambrano de que resulta del todo imposible para el hombre librarse de ciertas «cosas» y menos aun cuando ha sido él quien ha logrado hacerlas desaparecer, ya que, «a pesar de ser negadas, dejan intacta nuestra relación con ellas». Ya puede hablarse con poderosa contundencia y hasta con cierta estridencia, desde Max Weber en adelante, acerca de todo tipo de «desencantamientos del mundo» (*Entzauberung der Welt*), que ello no va a lograr hacer desaparecer el sinfín de corrimientos simbólicos latentes

sobre los que se erige un «mundo» para la existencia humana.

Y es que no estamos hablando de un dominio periférico o secundario en la actividad anímica del hombre, sino del eje motriz que ha venido estimulando (de acuerdo con Lewis Mumford, Johan Huizinga y tantos otros) los avances psico-físicos del hombre a lo largo del tiempo. La acción simbólica, no habría que olvidarlo, se encuentra integrada en una estructura antropológica (cuyos atributos y cualidades han tratado de ser sistematizados con mayor o menor éxito por Gilbert Durand) donde se condensan, a través de imágenes arquetípicas (exploradas por Adolf Bastian y, posteriormente, por Carl Gustav Jung), todo el caudal de experiencias acumuladas por la humanidad.

Desde este punto de vista y desafortunadamente, es preciso constatar, salvo honrosas excepciones (encabezadas por insignes representantes del Círculo de Éranos o de otras procedencias intelectuales como, por ejemplo, Carl Gustav Jung, Ernst Cassirer, Pavel Florenskij, Paúl Ricoeur, Edwin Panofsky, Nathan Söderblom, Rudolf Otto, Mircea Eliade, Gilbert Durand, etc.) una ausencia abrumadora en la literatura académica convencional de interés en torno al símbolo como un vector protagónico en la comprensión de nuestro lugar trascendente en el mundo natural.

A pesar de ello, el símbolo nunca se ha encontrado en peligro de desaparecer. Persiste en los sustratos más reservados de la cultura humana, ofreciendo una experiencia concreta de la realidad natural que se mueve entre lo afectivo, lo volitivo y lo cognoscitivo. Es por ello que la parte emblemática de la naturaleza sigue poseyendo una importancia capital, aunque discreta, también en nuestra modernidad, en la medida en que posee una incuestionable fuerza expresiva para canalizar las ensoñaciones estético-literarias, los mitologemas tecnológicos del presente, las condiciones epistemológicas de la ciencia contemporánea (con los trabajos pioneros de Gaston Bachelard o Gerald Holton, entre otros) y, por supuesto, los imaginarios futuros de nuestro papel a escala terrestre.

Pues bien, teniendo todo lo anterior en cuenta, este número de *Cosmotheoros* busca abordar, como una constante o, si se quiere, una particularidad característica de esta revista académica a mantener de ahora en adelante, aquello que ha sido pensado o lo que queda por pensar en relación con esa realidad enigmática que nos aboca al exterior (o sea, aquello que se conoce, de modo muy amplio, como el mundo de la «naturaleza») desde diferentes formatos y aproximaciones estratégicas (el enfoque dialógico a través de entrevistas, el ensayístico, los comentarios críticos a obras de distinta índole, el recorrido narrativo *sui generis* que se emprende con las imágenes...).

Para iniciar esta breve introducción directamente al meollo de lo que nos ocupa, el lector tiene la oportunidad de internarse, desde un inicio y a través de una jugosa entrevista, en la especial significancia de aquellos códigos expresivos que

se hallan sugeridos en las últimas colecciones (especialmente, «*Pell Nua*» y «*Petit Nature*») del artista catalán Manu vb Tintoré. Y es que su trabajo se ha distinguido, a lo largo del tiempo, por desplegar una fértil interlocución con el universo de lo natural a través de una serie de paisajes-territorios que, además, de columpiarse entre la abstracción y la figuración, van más allá de la típica contemplación pasiva al exigir del espectador un firme compromiso personal que quede expresado en las inverosímiles visiones traídas o evocadas por su actividad imaginativa. Digamos que estos territorios inéditos (a veces también pueden convertirse o presentarse como espacios intersticiales o primordiales), de los que, por cierto, es posible encontrar fascinantes ejemplos iconográficos en estas páginas (cedidos gentilmente por el artista), marcan una senda inhabitual de interacción con lo natural, a la vez que sirven de explosivo catalizador para abrirse a un horizonte oculto de impresiones chocantes, imaginarios insólitos o de inmersiones por estratos del alma raramente hollados. Y esto es algo que, con una hondura insospechada, se relaciona con el asunto tratado en este número. Porque, de alguna manera, el modo en que este autor afronta la ambivalencia natural (como una exterioridad inasequible o como una interioridad insondable), permite visitar ciertos tropos o símbolos recurrentes que se han desprendido históricamente de la existencia natural (como, por ejemplo, el jardín, lo pedregoso, el silencio, los confines o extremos fronterizos, etc.) y hacer, paralelamente, un guiño discreto a ciertas voces autorizadas y proverbiales del pensamiento occidental, desde la filosofía o la sociología hasta la literatura (como, por ejemplo, Aristóteles, Eugenio Trías, Zygmunt Bauman, Fernando Pessoa...) o, incluso, a ciertos ecos de los lejanos confines de la cosmovisión oriental (Junichiro Tanizaki, ciertos motivos pertenecientes a la dinastía Song...). Pero, por otra parte, acoge, lejos del afán de dominación cartográfica característica del instrumentalismo moderno, la potencia creativa de lo ausente, de lo impensado, para bosquejar sin estridencias (desde la belleza elemental) nuevas posibilidades para la representación de la naturaleza.

Este escudriñamiento de lo elemental como base para avizorar el impulso simbólico de la naturaleza obtiene resultados absolutamente prometedores en los murales pétreos que, en cuevas o al aire libre de prácticamente todo el planeta, han servido de lienzo natural para los hombres desde tiempos antiquísimos. Desde ese punto de vista, el artículo de Michel Justamand y de sus colegas, expertos e investigadores de varias universidades y organismos brasileños concentra toda su atención en un emplazamiento arqueológico del estado de Piauí, en Brasil, caracterizado por una altísima concentración de imágenes de esta naturaleza («*Arte rupestre y medio ambiente. Representaciones ambientales en los registros rupestres de los parques nacionales Serra da Capivara y Serra das Confusões*»). Hay que decir, para ser justos, que el enfoque de estos autores supone, en cierta medida, un sugerente intento de dar otra vuelta de tuerca en la interpretación de

las representaciones rupestres que se hunden en la noche de los tiempos a fin de rescatar una significación omitida cuyas claves se hallan, precisamente, en el propio entorno. Lejos de abundar en las consabidas propuestas interpretativas de estas imágenes (como mera representación artística, como expresiones de una remota «caza mediante una especie de magia simpática», como identificación con «emblemas totémicos», como «estructuras semánticas» ocultas en la distribución de las figuras o, finalmente, como manifestación de prácticas chamánicas) el texto se decanta por otro tipo de explicación que parte de la idea de una adhesión constructiva del territorio. La pintura rupestre, de este modo, re-presenta o «re-figura» el entorno para acabar desembocando en un paisaje construido que, por lo tanto, trasciende la simple dimensión física o subjetiva. En resumidas cuentas, la tesis de este escrito consiste en que existen signos en estas representaciones especiales que denotan, al hacer un ejercicio de «aproximación de horizontes» distanciados en el tiempo (Hans-Georg Gadamer), una manera determinada de comprender, significar y ocupar el espacio. Como resultado de ello, los motivos que están reproducidos en este paleopaisaje arqueológico podrían estar proporcionando, sin darnos cuenta, pistas demostrativas de una experiencia remota focalizada en el bioma circundante.

Pues bien, digamos que esa pre-ocupación por el ambiente que ya está delineado en el pasado remoto del hombre, al parecer ha remontado la historia y llega hasta el presente con nuevas aristas y derivaciones. Tan es así que el ambiente continua siendo fuente de inspiración y, al mismo tiempo, un auténtico desafío para las aspiraciones de comprensión de la posición real del hombre en el cosmos (haciendo nuestro el título de la celeberrima obra de Max Scheler: «*El puesto del hombre en el Cosmos*»). Es por esta razón que en la entrevista realizada a la prestigiosa investigadora y experta colombo-alemana María Luisa Eschenhagen entramos en un diagnóstico con una carga crítica de altos vuelos en torno a un escenario, como el académico, que en la actualidad adolece de una ausencia de cuadros o herramientas hermenéuticas suficientes para un entendimiento satisfactorio de lo ambiental en toda su complejidad. En ese sentido, no es posible negar que se pone decididamente el dedo en la llaga. Porque, si se emprende un ejercicio «arqueológico» de desvelamiento de aquellas nociones que guían y dirigen el modelo educativo ambiental hegemónico se puede llegar a la conclusión de que resulta ineficaz, aunque se persevere en su práctica bajo pretextos de una supuesta «sostenibilidad» alcanzable con agendas quiméricas, para sondear adecuadamente las causas más profundas que inciden en las problemáticas ambientales más acuciantes. Es más, en este punto concreto, la cuestión de fondo no se encuentra únicamente en los patrones de enseñanza que se estilán en la universidad del presente (limitada, las más de las veces, a un criterio estratégico de rentabilidad instrumental), sino que tiene que ver con algo más profundo, esto

es, con el estilo civilizatorio de estar o de ser en el mundo. Bajo esa perspectiva, la entrevista incursiona, sin caer en una simple adhesión acrítica, en derroteros que desembocan en perspectivas muy en boga en el escenario latinoamericano ligadas, sobre todo, a ciertas corrientes asociadas al «decolonialismo» o a las «epistemologías del sur». Con ello se trata de poner el énfasis, aunque muy frecuentemente no se tiene en cuenta, en el lugar de la enunciación, y no tanto en lógicas estandarizadas a escala global, a fin de reajustar los marcos aproximativos a la complejidad ambiental.

En un tono sibilamente provocativo, el filósofo canadiense y profesor de Filosofía en la Memorial University of Newfoundland, Sean J. McGrath, anuncia sin grandes alharacas la extinción o muerte, dentro de un contexto de desencanto generalizado, de la «naturaleza» bajo la significación particular que se cultivaba en occidente durante los periodos antiguo, pre-moderno y moderno («*La naturaleza es un símbolo, pero ¿de qué?*»). Visto así, nos hallamos en un momento especial de cierta confusión en el que se ha vuelto a un origen primordial de sentido, a un estado de gestación que alienta una nueva acepción de lo natural adecuado al espíritu de los tiempos que nos ha tocado vivir. Para comprender esta situación, en primer lugar es preciso ser consciente de las diferencias sustanciales entre el signo y el símbolo. Y para ello el autor señala y explora con algo de detenimiento dos de las tradiciones filosóficas más destacadas que han abordado este espinoso asunto (por un lado la tradición neokantiana con Ernst Cassirer a la cabeza y por otro la tradición psicoanalítica con Sigmund Freud y Carl Gustav Jung respectivamente). En segundo lugar, resulta obligado analizar los rasgos que integran este orden simbólico en ciernes de lo natural y de qué manera recoge antiguas asociaciones, las re-significa y atiende también a un sustrato no controlado que se sitúa, fundamentalmente, en el plano del inconsciente colectivo. Esta circunstancia deja en un segundo plano aquellos proyectos que optan por un re-encantamiento de la naturaleza (al recaer en idealismos anacrónicos y en el uso de metáforas alegóricas de lo natural -como las del organismo, el mecanismo o la entidad trascendente- ya manidas) en favor de una hermenéutica del símbolo cuyo dinamismo recae en el tejido social (y no tanto en espacios académicos o políticos). Ahora bien, la transformación simbólica no significa, ni mucho menos, el arrumbamiento o la desaparición del propio concepto de lo natural (como anticipan autores de la talla de un Slavoj Žižek, Bruno Latour o Timothy Morton). De ahí que el autor se muestre refractario a las tesis esenciales de aquella conciencia ecológica vinculada a lo que ha venido a denominarse como «ecología oscura» o «ecología sin naturaleza».

A la hora de detectar los engranajes internos y los mecanismos subyacentes que entran en liza en la simbolización moderna de la naturaleza, hay autores, como el historiador medievalista alemán de la University of Arizona, Albrecht



Classen, que consideran muy conveniente sopesar la fuerza inspiradora de ciertos espacios que, a lo largo del tiempo, conservan un misterio «aurático», una especie de «envoltura» singular (en los términos de Walter Benjamín) como, por ejemplo, el bosque. En su artículo, «*El papel del bosque en la literatura alemana: desde el bosque medieval a la banda Grünes. Estudios de motivos y estrategias motivacionales para la enseñanza de la edad Media*», Classen nos hace notar la especial predilección de la literatura medieval por el bosque (Sir Gawain y el caballero Verde; Bisclavret; Titurel; Guigemar; Melusine; Fortunatus...). Y es que la espesura boscosa, y lo que allí acontece par el alma humana, ofrece grandes potencialidades en términos epistemológicos, en la medida en que atesora numerosos significantes y una carga simbólica que se encuentra profundamente arraigada en la historia de la cultura occidental. En ese sentido, resulta de gran importancia girar nuestra mirada hacia el pasado medieval, releer aquellas historias clásicas de los siglos XIII, XIV y XV que tienen al bosque como una referencia espacial privilegiada, a fin de descubrir qué tipo de tonalidades e iridiscencias proyecta ese símbolo lejano en nuestro presente. Allí, en su oscuridad resguardada, se pergeñan conocimientos reservados de carácter extraordinario y se libera la exaltación ensoñadora. Es el lugar del aislamiento voluntario, donde se barrunta lo impredecible y lo fantástico, ya que constituye un territorio emancipado de las leyes instauradas por el hombre en sociedad. Desde esa perspectiva, puede también considerarse un límite, porque marca, como otredad radical, la extensión y las dinámicas del orden civilizatorio. En suma, el estudio del bosque como espacio concreto y como metáfora puede posibilitar el desarrollo de nuevas estrategias didácticas para re-pensar el pasado y el modo en que nuestra antigüedad afecta, de una u otra forma, a las lógicas de configuración simbólica de nuestro presente.

A pesar de que, en el fondo, presenta algunos nexos de afinidad con la temática central presentada en este número de la revista *Cosmotheoros*, se ha decidido ubicar este último artículo de Zhen Han -School of International Relations and Public Affairs. Fudan University- («*Repensar la democracia en Estados Unidos. La "naturaleza" en el pensamiento político de Tocqueville*») en la sección libre (sección que, a partir de ahora, quedará como un apartado fijo para los siguientes números) ya que aborda otras derivaciones distintas, propias de la filosofía política, aunque no menos interesantes. Para el autor, el renovado interés por la figura del pensador, jurista, político e historiador francés, Alexis de Tocqueville, tiene que ver, entre otros muchos factores, con cierta concepción romántica de la vida que, en mayor o menor grado, influye inevitablemente en su interpretación de la sociedad estadounidense y su sistema político. Desde ese punto de vista, no debería pasar desapercibido, cuando se lee la obra de Tocqueville, el papel clave y el efecto estructurador en la colectividad de las relaciones, ya sean convergentes o divergentes, entre la naturaleza y la convención humana. Es decir, la relación que se

auspicio en la modernidad respecto a la realidad natural y el impacto que ésta genera en la vida humana en sociedad (aspecto que hasta hace muy recientemente no se había vuelto a tomar en consideración) apunta a las bases de consolidación de la democracia en Estados Unidos (con las particularidades que ofrece el modelo federalista). Bajo esta perspectiva, la dualidad naturaleza-civilización (que Tocqueville busca en los bosques primitivos de Saginaw) se convierte en un escenario de lucha tensa que desemboca, si se asume una óptica realista, en una empresa de dominio y desaparición impulsada por el afán de conquista de los pioneros. La naturaleza posee, en definitiva, una ambigüedad para la obra humana (como fuerza peligrosa o como un apoyo esencial para la realización humana) que se proyecta en el drástico escepticismo de Tocqueville a la hora de valorar la civilización americana y, más allá, la propia democracia.

Finalmente, se ha querido reservar un escueto espacio final, a modo de colofón o epílogo, para el comentario crítico de dos obras significativas (Daston, L. (2019). *Against Nature*. Cambridge, MA: MIT Press; Solares, B. (Ed.) (2021). *Imaginarios de la naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis ecológica*. México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México -UNAM-) que esperamos alienten en el lector interesado para realizar una exploración más profunda.

En suma, hechos ya los preliminares de rigor y esbozada de forma propedéutica la senda por la que se va a incursionar, sólo queda permitir que todos estos textos que componen el segundo número de *Cosmotheoros* hagan su previsible efecto en el avezado lector y despierten su irresistible curiosidad por ahondar en los estratos simbólicos de «aquella unidad de fuerzas» en la que estamos envueltos (Nietzsche *dixit*) que se reconoce como «naturaleza».

*La sagesse a ses excès et n'a pas moins besoin de modération que la folie*  
Michel de Montaigne